

LA DEMOCRACIA CRISTIANA Y LOS PARTIDOS DE LA COPPAL. NOTAS PARA UN ANALISIS COMPARATIVO

Gabriel Gaspar Tapia

El acontecer de los últimos años en la región devela el resurgimiento, en muchos casos, con amplios visos de renovación, de lo que podríamos denominar el centro político, en particular, de las fuerzas del social cristianismo y de las organizaciones afines a una opción socialdemócrata.

¿Cuáles son los rasgos comunes y cuáles las notas de disonancia de ambas opciones? ¿Se trata de estrategias regionales y más aún mundiales, para aplicarse en la región? ¿Qué relación establecen con las restantes fuerzas del arco político regional y al interior de cada país?

La mayoría de los partidos demócrata-cristianos de la región se estructuran, como es bien sabido, a fines de la década de los cincuenta. A lo largo del decenio siguiente alcanzarán un desarrollo significativo en varios países e incluso logran dar forma a dos gobiernos en Sudamérica: el de Eduardo Frei en Chile en 1964; y el que preside Rafael Caldera en Venezuela en 1969.

Introducción

El acontecer de los últimos años en la región devela el resurgimiento, en muchos casos, con amplios visos de renovación, de lo que podríamos denominar el centro político, en particular, de las fuerzas del social cristianismo y de las organizaciones afines a una opción socialdemócrata.

¿Cuáles son los rasgos comunes y cuáles las notas de disonancia de ambas opciones?, ¿se trata de estrategias regionales y más aún, mundiales, para aplicarse en la región?, ¿qué relación establecen con las restantes fuerzas del arco político regional y al interior de cada país?

En las presentes notas intentaremos dar una respuesta tentativa a estas interrogantes. Para hacerlo nos hemos enmarcado en el período histórico inmediato, a nuestro juicio caracterizado por una fase de reflujo de las luchas populares a partir de los primeros años de la década de los setenta, fase de reflujo que pareciera empezar a tocar fin con el triunfo de la revolución sandinista, la cual vuelve a colocar a la transformación social en el rango de lo posible en el continente.

Si la década de los setenta marcó la generalización de las dictaduras militares basadas en las doctrinas de seguridad nacional y en un modelo económico liberalizante, así también, el fin de la década está marcado por el ingreso de las tropas del FSLN a Managua. La sucesión de golpes de estado —particularmente en Sudamérica— relegó las opciones que el movimiento popular había ensayado en varios países de la región. Hoy en día, el eco del triunfo de la revolución nicaragüense alienta un renacer de la movilización popular, particularmente en su área vecina más inmediata.

Para abordar nuestro estudio sobre las dos fuerzas que nos ocupan hemos tratado de ceñirnos más a su comportamiento político que a un juicio sobre sus declaraciones de principio. Por ello hemos privilegiado un examen de sus respectivos comportamientos frente a las coyunturas más destacadas del período analizado.

De este modo, en primer lugar analizaremos a cada fuerza por separado para luego desarrollar un comparando entre ambas intentando una explicación hipotética.

La Democracia Cristiana en América Latina

La mayoría de los partidos demócratas cristianos de la región se estructuran como es bien sabido, a fines de la década de los cincuenta. A lo largo del decenio siguiente alcanzarán un desarrollo significativo en varios países e incluso logran dar forma a dos gobiernos en Sudamérica: el de Eduardo Frei en Chile en 1964; y el que preside Rafael Caldera en Venezuela en 1969.

Su crecimiento en estos y otros países es vigoroso y acelerado en estos años. Los democristianos explicaron dicho fenómeno sobre la base de una particular coyuntura en la cual las restantes alternativas políticas padecerían de un estancamiento en su desarrollo y de un anquilosamiento de sus propuestas. Estas fuerzas serían los tradicionales liberales y conservadores, el marxismo, el por ellos llamado socialismo democrático (donde ubican al Apra, a Acción Democrática, Liberación de Costa Rica, entre otros) y las dictaduras militares¹. En dicho panorama político de la región, la alternativa democristiana emergería como una fuerza renovada y progresista, con soluciones eficaces para resolver los problemas del continente.

Las principales características que modelarían a los partidos socialcristianos son definidas por Rafael Caldera en la siguiente forma:

- a) *“partidos aconfesionales. Los partidos democristianos son partidos que no quieren que la política invada el campo específico de la acción religiosa ni que la religión invada el campo específico de la acción política”;*
- b) *“partidos democráticos. Los democristianos han adoptado voluntariamente los mé-*

todos de la democracia para la conquista del poder o para la influencia sobre las realidades sociales tendientes al cumplimiento de su ideario. Por esta razón no somos organizadores insurreccionales, ni admitimos la violencia como medio propio de nuestro sistema de acción;

- c) "partidos populares. Esta expresión se entiende como representación de los intereses integrales de la sociedad y no de una parte de ellas. Aunque dentro de ellos, naturalmente tengan preeminencia los sectores más desposeídos de la sociedad";
- d) "partidos revolucionarios. Los partidos demócratacristianos han de ser revolucionarios. Pero la revolución demócratacristiana es radicalmente distinta de la revolución marxista. Queremos una revolución pacífica, constructiva y creadora";
- e) "partidos nacionales. Los (DC) tienen una idea esencial de la comunidad nacional. En América Latina impulsamos un movimiento de vigoroso nacionalismo dispuesto a asegurar el control soberano de los renglones esenciales de nuestra economía, la potestad de decisión libérrima en los asuntos que nos conciernen y el fortalecimiento de una cultura propia y de una personería propia en el campo de la ciencia y la tecnología"².

Enmarcada en estos lineamientos la democracia cristiana se abrirá paso a su desarrollo en la región. No se tratará de una empresa fácil porque según sus propias palabras deberán enfrentarse simultáneamente a dos poderosos enemigos que se verían amenazados con el surgimiento de esta nueva alternativa. Por ello dirán que su desarrollo lo lograron combatiendo en dos frentes, "combatiendo por un lado el egoísmo de los indiferentes, de los capitalistas insensibles, de los apegados a la tradición por la tradición misma y opuestos al cambio social reclamado por la justicia y por la realidad social, y por el otro, a los materialistas, al marxismo totalitario, engañoso en sus proyecciones y falso en sus promesas e inspirado en posiciones de odio y menosprecio a la libertad y dignidad de la persona humana"³.

En esta doble lucha existiría a nuestro parecer una clara priorización del peligro que representarían las fuerzas de izquierda. Para apoyar esta afirmación podemos recurrir a dos tipos diferentes de argumentaciones. Una, de carácter teórico y, otra, de naturaleza histórica.

Desde el punto de vista teórico-ideológico de los socialcristianos, el comunismo (o las fuerzas de izquierda, el marxismo, todos ellos aparecen como sinónimos en su lenguaje) constituye un peligro: "el comunismo en América Latina es una realidad amenazante. Frente a ese peligro, la derecha resulta impotente"⁴ al igual que las restantes alternativas. La Democracia Cristiana sería de este modo una clara opción para frenar el avance de las fuerzas de izquierda dando cuenta a la vez de la resolución de los principales problemas sociales de la región.

El otro tipo de argumentación tiene raíces históricas, principalmente en el examen de los dos primeros gobiernos socialcristianos ya nombrados. En ningún caso puede decirse que en ambos países se operó un proceso revolucionario bajo sus mandatos por más que la propaganda oficial así lo afirmase. Si bien se operaron significativas modernizaciones no hubo allí ningún cambio estructural que atacase de raíz las fuentes del subdesarrollo. Por lo demás cabría preguntarse si se lo proponían en realidad, dado que son partidos que se autodefinen como policlasistas y que buscan que "la diferencia entre las clases sociales sea cada vez menor" como rezan partes de su ideario. Respecto a su relación con la metrópolis imperial, ésta estuvo siempre caracterizada por la búsqueda de mejores condiciones de negociación pero nunca de independencia plena.

Por todo lo anterior nos parece relativamente claro que tanto la ideología como la práctica de la democracia cristiana latinoamericana ha evidenciado que ante la disyuntiva entre capitalismo y socialismo, tiende a inclinarse hacia el primer polo no sin desahogar furibundas críticas contra el "capitalismo insensible".

No es del todo ajena a esta situación, la coyuntura específica de la región en la que surgen los PDC. Es el período en que los ecos del triunfo de la revolución cubana resuenan en todo el continente y ante los cuales, las viejas formas de dominación estatal se tornan insuficientes para contener este ascenso de la movilización popular.

Similar opinión entrega un destacado exdirigente DC, hoy, líder de una organización surgida de una disidencia de la DC chilena. Luis Maira señala al respecto: "así en los hechos su carácter de fuerza democrático-liberal definida por su antagonismo a los partidos y movimientos comunistas constituye la esencia última de las democracias cristianas. Sus propuestas de participación activa en el proceso democrático y sus programas de acción son el resultado de la profunda convicción

de ciertos sectores cristianos más modernos de que la amenaza comunista no será contenida con métodos puramente represivos”⁵.

Este intento de la democracia cristiana de presentarse como una tercera alternativa pareciera servir de sustento a otra característica que ha marcado su gestión. Nos referimos al privilegio que hace de las formas de gobierno monocolor, a su tendencia a privilegiar formas de gobierno donde la DC se constituye en el partido único de gobierno⁶.

Si la década de los sesenta mostró un auge de las fuerzas social cristianas en la región, la de los setenta marcó un punto de reflujo.

Varios signos marcan este reflujo en contraste con su anterior ascenso. En primer lugar cabe destacar que los dos gobiernos que lograron estructurar no fueron capaces de conservar una continuidad demócratacristiana en el poder. En el caso chileno, la DC sufre de decisivo desgaste en el período 64-70 y es relegada a un tercer plano en las elecciones presidenciales de 1970 dando paso al gobierno de Salvador Allende. Copei por su parte corre similar suerte y es desplazado por las fuerzas de Acción Democrática encabezadas por Carlos Andrés Pérez.

A todo ello debemos agregar el hecho de que la mayoría de los PDC de la región sufren a comienzos de los setenta la escisión de sus alas más izquierdistas y radicalizadas, disconformes con el giro conservador que asumen sus direcciones oficiales. A principios de la década se desprenderán significativos contingentes de los PDC, especialmente juveniles, deteriorando con ello en gran medida la imagen renovadora que proyectaba esta fuerza. Fruto de estas escisiones surgirán nuevas organizaciones políticas tales como el Mapu y la Izquierda Cristiana en Chile, el MIR boliviano y el Partido Socialista Comunitario del Perú.

Pero la década de los setenta es también la década en que se generalizan los regímenes militares. Ello colocará a la mayoría de los PDC en un terreno en el cual encontrarán grandes dificultades para su operación partidaria. En estas circunstancias la recuperación de la democracia se convertirá en el punto nodal de su acción. Es sobre esta base que podríamos caracterizar el comportamiento actual de la DC en los siguientes términos:

— La búsqueda de un equilibrio de fuerzas que permita enfrentar los afanes autoritarios sin necesariamente llegar a una ruptura radical con sus principales expresiones. La razón de esta actitud pareciera radicar en la intención de buscar una suerte de transición pac-

tada hacia la democracia con los altos mandos militares.

— El rechazo a un entendimiento con las fuerzas de izquierda en cada país. Existiría para esto una doble línea explicatoria; por un lado podríamos recordar todos los prejuicios ideológicos y la profunda desconfianza que mantiene respecto a las fuerzas populares (entendiendo por tales a las que se adhieren a una perspectiva socialista). Por otro, se trataría de evitar una compañía que pudiese entorpecer el anhelado diálogo con las F.F. A.A. o por lo menos, con un sector de ellas.

— El desarrollo de una propuesta nacional que busca readecuarse a las nuevas exigencias del desarrollo de las relaciones económicas internacionales intentando una interacción más beneficiosa con los países desarrollados. En especial, respecto a E.E. U.U. desarrollar una política básicamente de negociación unida a la expectativa de la presión que el Departamento de Estado pudiese ejercer para contribuir al tránsito hacia la democracia.

Estas hipotéticas orientaciones de la DC explicarían lo ambiguo que resulta su accionar concreto. Por ello podemos afirmar que *“la DC tiene en su discurso un amplio contenido democrático y humanista que se hereda en lo fundamental de la ideología que la sustenta, sin embargo, las modalidades que asume su fórmula política a menudo terminan por negar dichas características como sucede hoy en día en el régimen que encabeza Napoleón Duarte”*⁷.

En efecto, quizás sea el caso salvadoreño quien refleje en toda su magnitud y dramatismo lo contradictorio de la propuesta que alza hoy la DC, en otras palabras, intentar un rescate de la democracia pactando con aquellos que la han destruido. Pese a estas dificultades, no puede negarse que el social cristianismo representa hoy en día una poderosa fuerza que busca erigirse en alternativa viable dentro de la región.

La conferencia permanente de partidos políticos en América Latina

La otra vertiente latinoamericana que junto con la DC, protagoniza el centro político de nuestra región lo constituyen los partidos y movimientos agrupados en torno a la Coppel.

Esta conferencia se estructura a fines de 1979

por iniciativa del PRI mejicano luego de un largo período de consultas previas y convergencias en variados temas, de cerca de una veintena de organizaciones del continente.

Se trataba en dicha oportunidad de congregarse a las fuerzas "nacionalistas, revolucionarias y antiimperialistas convencidas de la necesidad de establecer un proyecto libre de compromisos que permita contrarrestar la acción de los centros de hegemonía política y financiera que han generado la marginación de millones de latinoamericanos"⁸.

Las fuerzas concurrentes al encuentro coinciden en gran parte con aquel espectro que Caldera denominaba como socialismo democrático a fin de diferenciarlo del marxismo. A la cita realizada en Oaxaca concurren el Apra, Concentración de Fuerzas Populares y la Nueva Izquierda Democrática del Ecuador, Acción Democrática y el MAS venezolanos, el Partido del Trabajo del Brasil, los liberales colombianos, el PRD panameño y su homónimo dominicano, el MNR boliviano incluidas las fuerzas de Siles Suazo, Liberación Nacional de Costa Rica, el FSLN, el MNR salvadoreño, el partido de Michel Manley, entre otros. A todos ellos habría que agregar observadores del radicalismo chileno, de los intransigentes argentinos y del socialismo uruguayo.

Como se puede observar a primera vista, las fuerzas que convoca la invitación priísta constituyen en su conjunto un amplio frente el cual no se identifica necesariamente en todas y cada una de sus partes con la Internacional Socialista, aunque es justo decir que sí existe un amplio campo de coincidencias. Por ello en estas notas hemos optado por hablar preferentemente de la opción de la Coppel más que de la expresión latinoamericana de la I.S.

Es claro que bajo las coordenadas de nacionalismo, democracia y antiimperialismo pueden coincidir fuerzas que en otros aspectos presentan matices muy diferenciados entre sí (comparemos a modo de ejemplo solamente para reafirmar lo anterior al MNR de Paz Estensoro, colindante franco con la derecha en su país, y en otro extremo al FSLN).

Pese a estas diferencias que indudablemente existen en la gestión de cada uno de los partidos integrantes de la Coppel, el examen de su común postura frente a las principales coyunturas de la región ha marcado un saldo que se identifica ampliamente con una voluntad democrática y antiimperialista. Repasemos algunos hechos protagonizados por la Coppel para reafirmar este argumento:

- a) La Coppel ha mantenido una permanente línea de apoyo a la revolución sandinista, tanto en el plano político como en el de la ayuda internacional a través de los gobiernos donde participa.
- b) Idéntica actitud ha asumido respecto a la insurgencia salvadoreña, en particular en el último período ha desarrollado una amplia actividad en torno a la declaración franco-mejicana sobre la situación en dicho país.
- c) Igualmente la Coppel y sus miembros han desarrollado una activa solidaridad con las aspiraciones y la lucha democrática en el Cono Sur, apoyando en especial a la izquierda chilena y al proceso de convergencia democrática en el Uruguay.
- d) En otro punto conflictivo de la política regional, el de la relación con E.E. U.U. los partidos de la Coppel han promovido una política de apoyo a Cuba, a Panamá y a la causa de independencia de Puerto Rico en sus enfrentamientos con los afanes de la potencia americana.

Por todo ello, el juicio que sobre estas fuerzas mantienen sectores del socialismo adquiere tonalidades nuevas en la actualidad. Fidel Castro afirmaba al respecto lo siguiente: "A pesar de las conocidas diferencias ideológicas que separan a los revolucionarios marxistas-leninistas de los socialdemócratas, cuando examinamos lo inmediato, cuando nos referimos a las actuales condiciones históricas, la participación socialdemócrata y la socialdemocratización de antiguos partidos burgueses y oligárquicos de la América Latina tiene un signo positivo. Amplían las fuerzas y el campo de lucha contra el dominio del imperialismo norteamericano en América Latina. Al mismo tiempo, la propaganda socialdemócrata contribuye al despertar político-social de las masas allí donde el mensaje marxista leninista está totalmente reprimido"⁹.

Por cierto, el anterior no es un juicio unánime dentro de los sectores del socialismo latinoamericano, pero sí es un juicio —amén de representativo— novedoso con relación a la opinión generalizada que existiera en el pasado.

La Coppel no se ha apresurado a buscar una homogeneidad ideológica para sus diversos integrantes, ha enfatizado en cambio la amplia coincidencia en proposiciones políticas concretas que orientan a sus fuerzas en las principales coyunturas que enfrentan hoy las naciones del continente. En muchos casos, sus fuerzas se encuentran a la cabe-

za de los movimientos antidictatoriales o desarrollando procesos de independencia nacional.

Este sesgo que enfatiza más el quehacer político que la adscripción previa a un universo ideológico, le posibilita a la Coppel la necesaria agilidad para responder con fluidez a las dinámicas y a los nuevos procesos que se desarrollan hoy en la región.

Comparando actuaciones

Luego de este apretado resumen de los principales rasgos que perfilan tanto la propuesta socialcristiana como la que levantan los partidos afiliados a la Coppel, podemos intentar un contraste entre ambas.

En primer lugar podríamos señalar que partiendo de una común definición por la democracia, ambas fuerzas son refractarias ideológicamente a los regímenes dictatoriales. De este modo encontraremos que en la mayoría de los países donde existen dictaduras, ambas fuerzas se encuentran situadas en las barricadas opositoras. Sin embargo, pese a esta común base democrática al momento de definir la política a seguir, las aguas empiezan a bifurcarse.

Mientras que en la mayoría de los casos los partidos de la Coppel se pronuncian por una política de ruptura con las dictaduras, los socialcristianos parecieran orientarse más hacia una negociación con los militares, llegando inclusive a celebrar verdaderas alianzas como la que gobierna hoy en día a El Salvador.

En otras palabras, aquí asistimos a estrategias diferentes. Por un lado hayamos una política de acumulación de fuerzas, de reactivación del tejido social, inserta en una perspectiva de ruptura con los regímenes de facto, donde la única forma posible de conquistar la democracia sería pasando por encima de los cadáveres de la dictadura.

En el campo del socialcristianismo (por lo menos en su sector mayoritario) la estrategia es diferente. Se trata sí de desarrollar fuerza, de conquistar base social, pero no orientándolas en una perspectiva de confrontación con los regímenes castrenses sino más bien para disponer de una mejor capacidad de negociación a fin de convencer a los militares de un paulatino tránsito a la democracia, ganando inclusive a sectores de los institutos armados.

Lo anterior cobra particular relieve tratándo-

se del tema de la lucha armada. Mientras que para la Coppel el empleo de la violencia en la política como forma de lucha para enfrentar regímenes dictatoriales es algo no sólo aceptado ideológicamente sino que además aplicado y alentado en la práctica (y ahí tenemos a Ungo encabezando el FDR salvadoreño); para el socialcristianismo en cambio representa una forma de lucha de la cual hacen expreso rechazo. No existe en este instante ningún partido demócratacristiano en la región que se coloque en una postura tan radical.

Algunos dirigentes de la DC sostienen ideológicamente esta conducta, como ya lo viéramos en páginas anteriores. Se afirma que el empleo de la violencia en las relaciones de poder siempre supone algún grado de coerción, de autoritarismo. Aunque sea hecho con intenciones democráticas. Los regímenes que así resultasen terminarían cayendo en similares vicios a los de sus autoritarios predecesores.

No vamos a desarrollar aquí un análisis de estas opiniones puesto que no es nuestro propósito hoy (aunque por lo menos cabría comentar que para los PDC la principal manifestación de la violencia correría por cuenta de las fuerzas izquierdistas y serían más benevolentes con la violencia institucional y el terrorismo de Estado que muchos regímenes practican hoy en día). Lo que nos preocupa en esta oportunidad son algunas consecuencias que se derivan de lo anterior. La búsqueda de un "tránsito pacífico" a la democracia ha llevado a la DC a celebrar verdaderos pactos con los militares a fin de ganarse su confianza. Dichas alianzas en muchos casos —El Salvador el principal— ha conducido a que se desdibuje el perfil democrático de los socialcristianos.

Como línea explicatoria de todo esto quizás podríamos retornar a lo ya alcanzado anteriormente respecto a cuál es el polo más refractario de esta tercera alternativa que proponen los socialcristianos. Es decir, si en el dilema "ni, capitalismo, ni socialismo", hay momentos en que su opción se inclina abiertamente hacia un lado de la balanza como ya lo viéramos anteriormente.

La historia demuestra que en muchos casos la DC latinoamericana ha establecido sólidas alianzas con las fuerzas más conservadoras a fin de enfrentar y detener el avance del movimiento socialista, fue el caso de la DC chilena durante el gobierno de Salvador Allende y hoy en día la gestión de Napoleón Duarte habla por sí sola de esta tendencia.

Los partidos afiliados a la Coppel en cambio

no sólo no rehuyen a algún tipo de entendimiento con el arco socialista de cada país sino que inclusive en muchos casos se yerguen como los intérpretes del "verdadero socialismo", el socialismo democrático así llamado por ellos. Dejando de lado las manipulaciones demagógicas que en algunos casos nacionales pudiesen darse, lo cierto es que hay algunos partidos de la Coppel que se esfuerzan por dar un contenido acorde a nuestras relaciones nacionales, a la relación democracia-socialismo.

No se debe olvidar por lo demás que algunas fuerzas de la izquierda latinoamericana integran esta conferencia y que su alegato democrático se inserta decididamente en una perspectiva de transformación revolucionaria de la sociedad. Sin ir más lejos, es el caso del FSLN y del MAS venezolano.

Al interior del socialcristianismo también es posible encontrar tendencias que miran con simpatías al socialismo, sectores proclives a un entendimiento con las fuerzas de izquierda. Para ellos se trataría de enfatizar la opción humanitaria, liberadora y solidaria del cristianismo. Durante algún tiempo ello se plasmó en la idea del "socialismo comunitario" como bandera, más la progresiva de-rechización de los PDC de la región motivó que los sectores agrupados alrededor de estos planteamientos rompieran con la mayoría partidaria, originando nuevos destacamentos políticos que con fluidez se entrelazaron con el arco socialista. Esto, que como anteriormente explicáramos se dio con particular fuerza a comienzos de los 70, pareciera tener un eco contemporáneo si observamos la escisión de la fracción izquierdista de la DC salvadoreña encabezada por Héctor Dada.

En su proyección internacional también es posible encontrar ángulos diferenciados en el accionar de estas fuerzas. Particularmente ilustrativo al respecto lo es la apreciación del rol que jugarían los E.E. U.U. en la región.

La Coppel no vacila como ya viéramos, en definirse como antiimperialista. Su juicio sobre la actuación norteamericana es categórico. Se le identifica como uno de los enemigos, como un responsable directo de la situación de postración que viven hoy los países del continente. Muchas de las tesis orientadoras de la Coppel entran en abierta contradicción con los intereses norteamericanos en la zona. Precisamente este hecho, la visión que se tiene del imperialismo y el reconocimiento de la fuerza que detenta, constituye una de las bases más sólidas para la convocatoria a un accionar conjunto de fuerzas de diversos países. La búsqueda de un necesario frente común que oponer a la poderosa Unión Americana, el apoyo a las iniciativas

subregionales, la defensa de los patrimonios nacionales, con algunos de los nortes principales del pacto constitutivo de la conferencia.

La DC en cambio no mantiene una actitud de la misma naturaleza frente a la presencia imperial. En diversas coyunturas apostado a transformarse en su interlocutora preferente al interior de cada país a cambio de obtener el correspondiente apoyo internacional, económico y militar. En los últimos años fue particularmente notorio los esfuerzos que realizaron personeros DC frente al Departamento de Estado de la administración Carter buscando entablar diálogos más permanentes y formales, confiando en que una mayor ingerencia norteamericana —esta vez por la vía de la doctrina de los derechos humanos— pudiese estimular el tránsito a la democracia. La presencia de Reagan y su proceso de distensión con los regímenes militares ha relegado estos afanes de los socialcristianos.

Un intento explicatorio

Llama la atención que dos fuerzas que pudiéramos ubicar en el centro político, mantengan actitudes tan diferenciadas entre sí. Una aparente lógica pareciera sugerir tentadoramente que más bien pudiesen verse como las más cercanas aliadas, sin embargo, no ocurre así.

Un examen del desarrollo alcanzado por estas dos fuerzas en los países de la región arroja una evidencia que pensamos no es casual. Nos referimos al hecho de que ambas fuerzas parecieran excluirse recíprocamente en los respectivos mapas políticos nacionales. En otras palabras, en aquellos países donde la DC ha logrado una dimensión significativa, la SD o el partido afiliado a la Coppel, tiene un escaso desarrollo y viceversa. Los casos de Chile y El Salvador muestran como esto rige favorablemente para la DC; Bolivia, Perú, Panamá y Méjico, entre otros, son ejemplos del caso alternativo. ¿Por qué se produce esta situación? Indudablemente que corresponde a un estudio de mayor envergadura y profundidad, en esta oportunidad sólo queremos avanzar una hipótesis que pueda contribuir a orientar el conocimiento de esta situación.

Como viéramos en los párrafos referente a las declaraciones de principios que orientan el acervo ideológico de estas fuerzas, hay una marcada coincidencia inicial en varios campos: defensa de la democracia como forma de gobierno, rescate del nacionalismo, convocatoria popular, etc. Sin embargo, en su quehacer político la diferenciación de aguas se torna evidente, como lo viéramos en las páginas anteriores.

Al parecer ambas fuerzas se orientan a llenar el centro político. Su fuerza dirigente se recluta en los sectores medios de la sociedad. Aclaremos, al hablar de su fuerza dirigente estamos entendiendo al núcleo intelectual-organizativo que vertebra estas organizaciones; punto aparte es la base social en la cual buscan apoyarse. Esta última pareciera estar constituida principalmente del campesinado, de los sectores medios, de sectores populares urbanos (particularmente de sectores no productivos como amas de casa y estudiantes) y en menor medida, el proletariado industrial.

De esta forma, tanto en su discurso como en su convocatoria social se orientan hacia un mismo sector y en la disputa por su hegemonía podrían surgir elementos que iluminen el porqué se han desarrollado como fuerzas excluyentes en América Latina.

Dos excepciones podrían acotarse de inmediato a esta línea interpretativa: el caso venezolano donde ambas fuerzas tienen una contundente expresión nacional; adeco y copeyanos; y el Ecuador, donde amén de existir ambas, comparten el gobierno. Veamos cómo podemos intentar dar respuesta a ambas legítimas observaciones.

Venezuela es uno de los pocos países latinoamericanos donde el curso de los acontecimientos políticos está enmarcado por el juego entre las dos fuerzas políticas aludidas, en una forma casi excluyente de otro tipo de organizaciones. Mas aún, el desarrollo de ambas fuerzas, si bien las encuentra en permanente pugna entre sí no se ha traducido en el triunfo aplastante de la una sobre la otra. A nuestro juicio la razón principal de esta original circunstancia deberíamos rastrearla en el pasado reciente venezolano. Este nos mostraría que el proceso político contemporáneo está marcado por el desenlace de la guerra civil de los años 60. Como fruto de él, la izquierda venezolana fue virtualmente aniquilada como factor decisivo en la política de dicho país. Esta derrota estratégica del movimiento popular venezolano habría dejado en nuestra opinión, espacio suficiente para la existencia de A. D. y Copei en la forma que conocemos hoy.

El caso del gobierno ecuatoriano tiene una vertiente explicatoria diferente. Es cierto que Roldós llamó a la DC a gobernar e inclusive incluyó a Hurtado como su acompañante de lista y posteriormente en el gobierno. Pero todo ello no desmiente que la relación de fuerzas entre la CFP y la DC ecuatoriana sea ampliamente favorable a la primera. El porqué éste convivió en el gobierno podía ubicarse según nuestro parecer en las dificultades que Roldós mantenía con Bucharam, líder del par-

tido y por tanto en la necesaria búsqueda de otros apoyos. L. Maira explica en su documento ya citado, que esta alianza se erigiría sobre la base de la necesidad del apoyo internacional que requería la experiencia aperturista de Roldós.

Pese a estos matices que entre sí presentan tanto el social cristianismo como la opción de la Coppal, ambas fuerzas están llamadas a jugar roles protagónicos en el futuro político de la región. Su convocatoria aparece alejada de los extremos del arco ideológico político. Esta presunción es mucho más válida para aquellos países que han soportado por años, o soportan aún, dictaduras militares. El rechazo al terrorismo estatal, la inhibición de las espectativas que producen las dictaduras prolongadas, el temor al recrudescimiento del enfrentamiento social, entre otros factores, parecieran que estimularían la preferencia por opciones de centro, de la naturaleza de las analizadas por estas notas. Así lo indicarían las experiencias europeas en sus aperturas ibéricas.

Una excepción a esta tendencia podría conformarse según el nivel que haya alcanzado la alternativa socialista. Si ésta ha logrado dimensiones que le posibilita colocarse la meta del poder como próxima, entonces, las alternativas de centro tienden a ver su espacio más reducido, Bolivia y El Salvador nos hablarían de esto último.

Para finalizar quisiéramos hacer una observación, sin lugar a dudas que nuestro análisis se ha desenvuelto en un ámbito exclusivamente jurídico-político. Un estudio más acusoso debiera considerar su correspondencia y viabilidad considerando los otros niveles de la totalidad social, esperamos poder desarrollarlo en el futuro.

NOTAS

1. CALDERA, R. Ideario. La D.C. en América Latina. Ariel. Barcelona 1970. Pp. 51 y sig.
2. _____. Especificidad de la D.C. Nova Terra. Barcelona 1973. Pp. 94 y sig.
3. _____. Ideario. La DC en América Latina. Pp. 54-55.
4. *Ibíd.* Pp. 58-59.
5. MAIRA, Luis. Fuerzas internacionales y proyectos de recambio en América Latina. P. 34.
6. La excepción a esta tendencia la encontramos en el gobierno ecuatoriano actual, ello es analizado más adelante. Un caso similar también lo encontramos hoy en Costa Rica.
7. GASPAR, G. América Latina en los 80: los proyectos políticos posibles. Universidad Iberoamericana. Departamento Sociología. Méjico. 1981.
8. Boletín Informativo Coppal. N° 1. noviembre. 1979. Méjico.
9. CASTRO, Fidel. Informe central al II Congreso del PCC. Editorial Política. La Habana. 1980. P. 150.